



Ese ruido humano o ¿de quién hablamos cuando hablamos de Alejandro González Iñárritu?

Verónica Bujeiro

ME SENTÍ VIEJA CUANDO MI ACOMPAÑANTE al cine dijo desconocer que Alejandro González Iñárritu era locutor de radio. Y aun entre los conocidos de mi edad, algunos aceptaron no estar al tanto de esa “insólita” información. Fue allá al final de los años ochenta que el ahora famosísimo “Negro” invadía no sólo mi imaginación, sino la de millones de capitalinos que escuchábamos sus peripecias radiofónicas entre la decadencia de un pop que ya sufría cierta crisis de identidad por la nostalgia del inminente fin de aquella década fiestera. De esas noches de radio me queda más clara la música que el carisma como locutor de Iñárritu y de su comparsa Martín Hernández, voces a las que todos (los que conocía en aquel entonces) celebrábamos aún sin saber nada de sus rostros por su desfachatez y “sentido del humor”. Aquella mítica estación

(WFM Magia Digital) sentó sin duda las bases para las creatividades radiofónicas que ocuparían los noventa como Rock 101 y Radioactivo, que no sólo continuaron con la misión de difundir sonoridades para la mitigación de la angustia post adolescente, sino que prosiguieron con el vicio, no sé si implantado por González Iñárritu y sus secuaces, de pronunciar correcta y exageradamente el idioma inglés de las canciones que programaban, para orgullo de la colegiatura de escuela bilingüe pagada por sus padres.

Alrededor de diez años más tarde, la cara de Alejandro González Iñárritu aparecería para sorpresa de aquellos que recordábamos su voz, pues ahora se había convertido en director de cine. Lejos del cinismo que le recordábamos algunos como animador de radio, el tipo que se presentaba en todos los medios era un meloso megalómano que anunciaba su película ampulosa y afectadamente, casi como si se tratara de la segunda llegada de Jesucristo. Por mucho tiempo evité asistir a una sala de cine para regalarle mi tiempo y dinero al otrora promotor de música pop, pero el destino finalmente me puso frente a *Amores Perros* para dimensionar la película lejos de su creador con buenos resultados. Sus siguientes filmes me pasaron de noche, porque soy de esas personas a las que el artista le estorba frente a la obra, y nuevamente la promoción reiterada, con esas escenas oscuras en donde todos parecen sufrir, distaron mi motivación a ocupar el asiento de una sala, ni siquiera la que contiene en casa al aparato televisor. Pero una entrevista con Martín Hernández, quien apenas me entero continúa siendo su fiel escudero en el ámbito de lo sonoro, me haría pensar en aquel ruido de frecuencias controladas. Fue la nostalgia de ese éter compartido lo que me hizo aventurarme y darle una segunda oportunidad a la carrera cinematográfica de Iñárritu.

El subtítulo bien da cuenta que *Birdman* no especula con la franquicia de un superhéroe, aunque su protagonista se verá enfrentado a otra empresa sobrehumana que lo empatará en desgaste de fuerzas con el personaje de fantasía.

La historia se mueve alrededor de la puesta en escena de una adaptación a un cuento de Raymond Carver (“¿De qué hablamos cuando hablamos del amor?”),

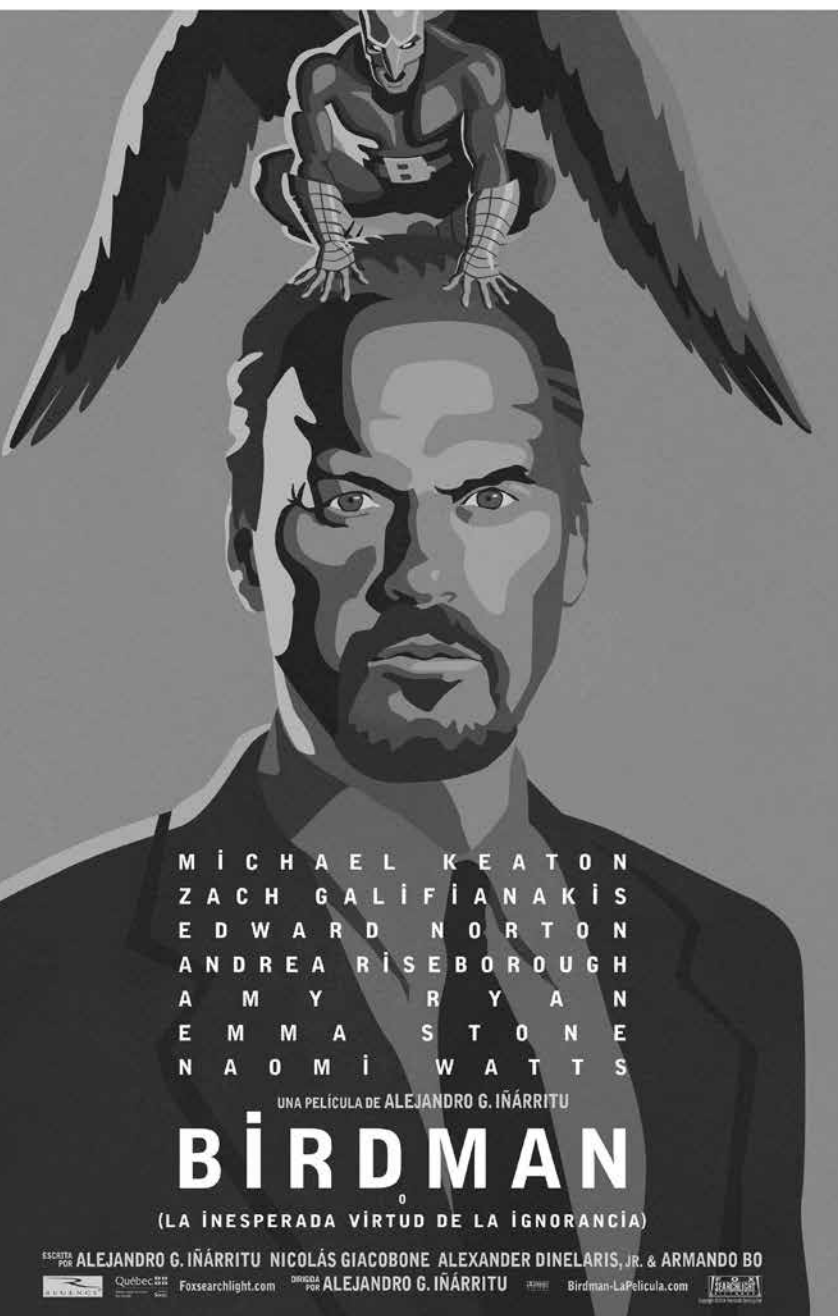


Fotogramas de *Birdman*

acaso el autor más anti dramático de la narrativa gringa, cuyo laconismo es difícil de imaginar como parte de un espectáculo de Broadway. Una industria que si bien no puede trascender los límites de lo local, impregna con su tufo *hollywoodense* todo lo que toca, dando aparentemente la oportunidad a las estrellas del otrora celuloide de probarse en las llamadas tablas o poner a prueba su ego dentro de ese acantilado de ficción que bordea con la realidad que es el escenario. Bajo esta premisa bien calculada, el actor Riggan Thompson —un Michael Keaton rescatado, tal como su personaje, de una fama ya pasada por interpretar a un superhéroe que lo condenó de alguna manera a no recuperar a la persona que se escondía debajo del traje— hace un intento heroico por reivindicarse en el mundo haciendo lo único que parece hacer bien, actuar. A su alrededor yacen las esquirlas de la catástrofe de su fama, tal como la hija recién salida de un centro de desintoxicación, una ex esposa clemente, la actual novia, una actriz alterada por interpretar no el papel de la obra sino aquel obligado por la naturaleza a las mujeres de cierta edad, además de las consecuentes calamidades económicas, técnicas y artísticas que trae consigo una producción teatral, que al tratar en carne viva con el fenómeno de lo humano, no puede esperar sino lidiar con el drama en persona. Este tema se ve resaltado en la pugna que Riggan sostiene con Mike Shiner, un actor diestro que viene a dar lecciones a la celebridad de Hollywood, un Edward Norton que metido en el mismo juego de muñeca rusa que Keaton, parece interpretar cualidades que no distan de la realidad de cualquier astro de su estirpe.

Carver decía que una historia necesita tensión, creada en parte por “las cosas que se quedan fuera, que están implicadas en el paisaje justo debajo de la superficie lisa, pero a veces sin resolver de las cosas”; y tomando la lección del maestro, Iñárritu traza un complicado plano secuencia en el que los cortes dan cuenta de un uso brillante y rítmico de la elipsis narrativa, puntualizada por la lacerante voz interna del superhéroe que no ha abandonado al actor, superhéroe que cuestiona cada paso, cada juicio, provocando una destrucción que se une a la pila de escombros que ya ha labrado el histrión. El pulso de esa voz interna, ese ser no resuelto de las cosas, tiene un contrapunto en la banda sonora proporcionada por el baterista mexicano Antonio Sánchez, quien acentúa esa tensión interna y las tribulaciones de Riggan Thompson casi a manera de un coro griego que participa de la trama. Pero los intestinos de ese teatro de Broadway, matizados por el casi imperceptible paso de atmósferas creado por la lúcida y ágil fotografía de Emmanuel Lubezki, no sólo se concentran en el protagonista. Pronto se demuestra que aquella bravura con la que los demás personajes que rodean a Riggan interpelan su paso no sólo por el teatro sino por la vida, no es más que otro disfraz que encubre a seres desubicados, cuerpos que se alivian en la comodidad del escenario o de una droga, pero que fuera de él están en búsqueda de aquel personaje que puedan interpretar en la vida real.

Una de las más interesantes premisas del filme reside en aquella máxima de Berkeley, muy utilizada en el contexto teatral, de “Ser es ser visto”, en donde se



Birdman (o la inesperada virtud de la ignorancia)
 Dirección de Alejandro González Iñárritu
 Estados Unidos, 2014, 119 minutos

expone el uso de las redes sociales como un medio retorcido que parece certificar la existencia misma, según lo denuncia Sam, la hija alucinada del personaje. Y así, el éxito de Riggan no viene por sus cansinos esfuerzos por interpretar un papel dentro de un escenario, sino por la reproducción viral que se hace de aquel accidente que lo pone a correr en calzones por Times Square para salvar su función de teatro. Un detalle que sin duda ayuda a descender a Riggan en una resolución categórica, como si respondiera mediante el personaje Carveriano: *I'm not interested in that kind of love. If that's love, you can have it.*

Al extraño epílogo de la película, mismo para el que el lector seguramente tendrá su propia versión, le sigue una sensación similar al final de cuento utilizado por Iñárritu dentro de la cinta:

“Oía los latidos de mi corazón. Oía el corazón de los demás. Oía el ruido humano que hacíamos allí sentados, sin movernos ninguno lo más mínimo, ni siquiera cuando la cocina quedó a oscuras.”¹

Birdman (o la inesperada virtud de Alejandro González Iñárritu) parecer ser una puesta en acto de ese ruido humano. Una frecuencia

extraña que algunas veces nos deja escuchar alguna melodía agradable y que cuando creemos haber sintonizado se escapa, dejando a su paso una nube de interferencias con las que a veces sabemos lidiar. No por algo me vino a la mente ese eco de nostalgia de aquello que creímos escuchar, hace tantas noches, por las ondas del radio. **AV**

¹ Traducción libre tomada de: <http://www.newyorker.com/magazine/2007/12/24/beginners>